

GEOPOLÍTICA DE LA TRADUCCIÓN, Y EL PASADO COMO MOTIVO LITERARIO

GERTRUDIS PAYÀS

Hoja por Hoja, abril 2005, México DF.

M. LEÓN-PORTILLA Y EARL SHORRIS, ANTIGUA Y NUEVA PALABRA. ANTOLOGÍA DE LA LITERATURA MESOAMERICANA DESDE LOS TIEMPOS PRECOLOMBINOS HASTA EL PRESENTE (VERSIÓN EN CASTELLANO DE IN THE LANGUAGE OF THE KINGS: AN ANTHOLOGY OF MESOAMERICAN LITERATURE PRE-COLUMBIAN TO THE PRESENT, NEW YORK: W.W. NORTON, 2001), MÉXICO: AGUILAR, 2004, 929 P.

VÍCTOR MANUEL MENDIOLA, EL CORAZÓN PRESTADO. EL MUNDO PRECOLOMBINO EN LA POESÍA DE LOS SIGLOS XIX Y XX, MÉXICO: CAL Y ARENA, 2004, 290 P.

El referente común de estas dos antologías es el valor cultural que la intelectualidad da a lo indígena. Fuera de eso, se trata de dos libros de ambiciones muy alejadas. El primero pretende antologar la voz de los indígenas, pasados y presentes, y el otro la poesía de los ladinos que tiene como motivo el pasado prehispánico.

Escojo el hilo de la traducción para penetrar en estas antologías, que pueden verse como un acercamiento a lo indígena por dos vías que son los polos extremos de un continuo de reescrituras: en un extremo, el de la supuesta equivalencia estricta entre el material indígena y el castellano: las traducciones, y, en el otro, el de las recreaciones libres a partir de materiales o evocaciones precolombinas. La antología mesoamericana (para abreviar) se sitúa en el extremo de las traducciones puras, puesto que todos los textos seleccionados fueron originalmente escritos en lenguas indígenas, y la antología de Mendiola en el extremo de las recreaciones puras, ya que se trata de una selección de textos en castellano de tema precolombino.

En este continuo de traducciones y recreaciones se pone y mantiene en circulación lo precolombino o lo indígena como capital cultural. Al igual que otras formas del discurso social (política, cinematografía, museografía), estas reescrituras poseen la capacidad de dirigir el desarrollo de este capital, seleccionándolo y canonizándolo. Precisamente en ello radica el poder de las antologías. En el caso de la antología mesoamericana, tenemos las acartonadas traducciones que desde hace unos sesenta años han fijado el canon de la poesía náhuatl y han apuntalado el ideologema del esplendor del pasado prehispánico, como lugar común institucionalizado y como representación colectiva de gran fuerza, que encontramos reproducida en distintas formas y registros, y que se activa o desactiva según las necesidades de reforzamiento del espíritu nacional. Pero, además, ahora se incorpora al canon una fascinante miscelánea de materiales: textos cristianos, de literatura popular, políticos, antropológicos, de uso ritual, y, principalmente, asimilados al esplendor del pasado por esa torcida ecuación que amarra lo indígena de hoy con lo sucedido hace quinientos años, los textos de los poetas indígenas de nuestro tiempo.

En la antología de Mendiola, que va de los románticos hasta el presente, no pueden dejar de verse hilos intertextuales tendidos hasta algunas de las traducciones que figuran en la antología mesoamericana. Más que influencia, que la hay, la relación es de resonancia y de reinterpretación: porque por más que se diga que es flor y canto en la poesía náhuatl, el poeta del siglo XX sabe, y traduce: sangre y piedra, y la preocupación nahua por la brevedad de la vida se vuelve en el poeta del último cuarto de siglo pregunta sobre el presente, reflexión sobre sí mismo más que sobre el pasado.

El tema prehispánico en poesía aparece vinculado al sentimiento nacional y las grandes preguntas del México post-revolucionario, por eso tantos poetas de esos años fueron personajes públicos, con responsabilidades políticas o educativas. En los poetas más heterodoxos (Tablada), y en los de épocas más recientes (Aridjis, Cross, Ulacia), sin embargo, el pasado deja de ser símbolo del esplendor perdido y se convierte en motivo de otras búsquedas menos heroicas.

No obstante, la interpretación nacionalista de la literatura inspirada en el pasado no desaparece aunque el sistema político ya no sostenga esa ideología. Prueba de ello la tenemos en la monumental antología *Antigua y Nueva Palabra*.

Siguiendo el hilo de la traducción, tres aspectos hay que destacar en esta representación de lo indígena: la asimilación de la poesía moderna, la delineación de una nueva frontera cultural y, como derivación de ello, la publicación de la versión en inglés de la obra.

M. León-Portilla integra al canon lo que llama “la nueva palabra”, es decir, la nueva literatura en lenguas indígenas. Dóciles, éstas se dejan trasvasar al castellano sin que quede rastro del trasvase en el texto (no es una edición bilingüe). Sabremos, pues, que se trata de mixe o de zapoteca porque nos lo dicen, pero no porque lo podamos constatar. Todo pasa por el rasero del español, al igual que hace cinco siglos todo se hizo pasar por el rasero del alfabeto. Si lo indígena es una esencia, y las etnias son distinguibles, ¿cómo se rinde cuenta de estas esencias y diferencias en la traducción? ¿Dónde quedó lo mixe, lo zapoteca? ¿Para qué aprender las lenguas indígenas si todo lo suyo resulta, a fin de cuentas, decible, transferible, en español? Uno de los efectos de la traducción es la difuminación de las fronteras culturales. Ejercida etnocéntricamente, arrasa con las diferencias, nos devuelve un Otro igual a nosotros mismos. Y una lengua fuerte y llena de vitalidad, como el castellano, puede deglutir estas literaturas minoritarias y regurgitar un producto homogéneo y trivializado. Hay poetas indígenas en el mundo anglosajón que se han negado a ser traducidos al inglés precisamente por eso.

El segundo aspecto destacable es que, por la vía de la traducción, esta antología modifica la frontera cultural de lo mexicano. La ideología nacionalista mexicana había procurado hacer coincidir las fronteras con la cultura. Por decirlo en pocas palabras, de este lado del río Bravo estaban las grandes civilizaciones urbanas; y del otro, los pueblos nómadas. En *Antigua y Nueva palabra* se pone al día el término antropológico de Mesoamérica para postular una nueva frontera cultural, que abarca la expansión chicana por el norte y consagra la ambición anexionista de lo centroamericano. Lo mesoamericano se plantea en la antología como una identidad moderna que tiene su origen en el pasado: un solo “ser mesoamericano”, con un solo “trasfondo religioso-metafísico”, un “componente ético común”, y una liga con la religión católica por la vía de la Guadalupana, aspecto religioso que se impone desde el título mismo, tanto en español como en inglés (la King James’ Bible). Como en las Sagradas Escrituras, en esta antología de ambiciones totalizadoras se mezclan textos de los más variados orígenes, lugares, lenguas y tiempos. Lo mexicano ya no es sólo lo azteca, sino que se ha ensanchado cronológica y geográficamente.

La redelineación de las fronteras culturales revela la importancia geopolítica de la obra, y, por ende, el significado de su versión en lengua inglesa, precursora, por tres años, de la versión española (y mucho más barata, dicho sea de paso). La breve sección “La nueva geografía de Mesoamérica” es clara: “Algunos chicanos comenzaron a referirse al suroeste de Estados Unidos como Aztlán” (p. 109). Para que ese mito pueda volverse profecía, es preciso dotarlo culturalmente, cosa que hace esta antología.

Y está, de hecho, tan dedicado a los chicanos, un público potencial de millones de lectores, que nos resulta hasta ajeno: sólo a los angloparlantes se les ocurre que un libro así requiera instrucciones de uso (véase capítulo "Cómo usar este libro"), que necesitemos orientación para pronunciar el fonema "tz" (que según el libro se pronuncia como el nombre de los antiguos gobernantes rusos, a saber, ¡"tsares"!), y que en el glosario de términos tenga que figurar, por desconocido, el nombre de Hernán Cortés.